

La arquitectura necesaria de...

Diecisiete números después, o lo que es lo mismo, ocho años más tarde vuelvo a considerar de nuevo la oportunidad de utilizar como título de este artículo la expresión «arquitectura necesaria...», que ya sirvió para ilustrar, a modo de manifiesto, el primer número de esta publicación poco periódica y peculiar, para algunos, por su formato difícil de clasificar, por su tipografía escurridiza y por sus contenidos cada vez menos localistas.

El porqué de esta decisión coincide con ciertos paralelismos, que el azar caprichoso ha querido relacionar, entre la ya lejana AT#1 y esta interesante edición sobre una arquitectura tan necesaria y comprometida, que se nutre de una trayectoria en común difícilmente igualable y se proyecta renovada contra los convencionalismos y la indiferencia predominantes, tanto en la arquitectura como en la sociedad por igual. Así pues, no es casualidad poder consolidar la publicación de números monográficos sobre arquitectos relevantes, que de algún modo han colaborado con esta publicación o han pasado por nuestra sala de conferencias, en el marco de la trayectoria editorial de AT y pese a la incertidumbre creciente sobre la continuidad de esta plataforma.

Para introducir la obra extensa, intelectual y técnica, de Juan Herreros me remito, no por pereza pero sí por prudencia, a los diferentes autores que profusamente han destacado, mediante excelentes prólogos, su trayectoria hasta hace poco compartida. Florian Beigel, Philip Chistou, Cristina Díaz Moreno, Efrén García Grinda, Hans Ulrich Obrist, Cedric Price, entre otros muchos. Todos ellos, arquitectos o no, coinciden en valorar la personalidad arquitectónica y humana de Juan Herreros, basada en la inquietud por generar disciplinas involucradas, por la búsqueda de la simplicidad sin prescindir de la intensidad o por el uso y manipulación de los materiales como base de una tecnología contemporánea sin abusos de modernidad.

Personalmente, recomiendo la lectura en profundidad del texto protagonista de esta doble página por su respeto, agradecimiento y generosidad hacia un pasado, por su posicionamiento y compromiso frente a la arquitectura y por ser reflejo de una persona cercana, de conversación múltiple y profunda aderezada con un sincero optimismo y un acertado toque de humor.

Juan M. Zaguirre
Director de AT

2006, 2007, 2008,...

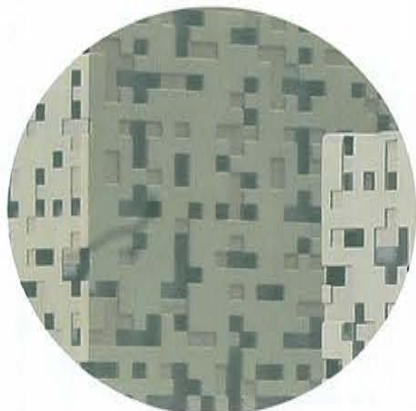
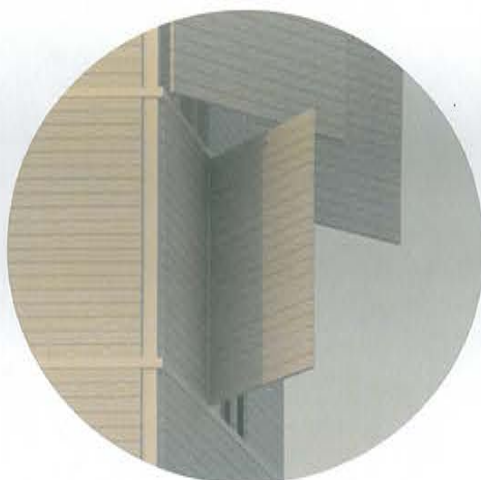
Durante 20 años trabajé junto a Iñaki Ábalos en el desarrollo de una idea de arquitectura, de una forma de ser arquitecto, que entendíamos pertinente y necesaria para unos tiempos de incertidumbre y contradicciones que nacen con la llegada de la democracia a España y que hunden sus raíces en la cultura pop de la posguerra. El interés simultáneo por la técnica, la historia, las ciencias paralelas, los mejores libros, los viajes, el arte contemporáneo, etc. no era sólo una cuestión de información, referencias o pretextos miméticos, esa tranquilidad que produce saberse parte de las búsquedas de otros. Era también un esfuerzo por rearmarse instrumental y metodológicamente y, sobre todo, de búsqueda de ingredientes para poner en relación inverosímil con otros. En aquel recorrido, el proyecto de arquitectura sería el lugar en el que todo el trabajo se sintetiza y para ello la triple actividad –docente, profesional e investigadora– se concibe como una sola cosa en permanente desarrollo. El objetivo de tal aventura no es otro que lo que durante años hemos descrito como el desvelamiento del substrato poético de un material de partida casi siempre banal, cuando no conformado básicamente con los residuos de la ciudad postindustrial.

De esos años, me quedo con el optimismo ejercitado con decisión, con el convencimiento de que hay un futuro por construir y que los arquitectos somos un elemento fundamental de dicha empresa. Así, frente a la aparente desgana de un medio indolente y escasamente ilusionado, me interesa la idea de construir una verdadera sociedad civil que no se conforme con ser la suma de ingentes cantidades de «males menores».



A principios de 2006 Ábalos&Herreros comenzó un proceso de transformación que ha derivado en su división en dos estudios diferentes, y con ello han surgido proyectos arquitectónicos, docentes, editoriales, cooperativos, etc. que han escurrido las trayectorias por el derrotero que cada uno venía transitando inconscientemente. En mi caso, la construcción de una pequeña casa en el campo para un amante del arte me dio la oportunidad de ensayar un manifiesto sobre la artificialidad de la arquitectura y sus herramientas para establecer un diálogo fructífero con un entorno natural, un tema éste, el de la disolución de las diferencias entre naturaleza y artificio, que, de puro repetirlo, ha desgastado su densidad original hasta convertirse en un cliché. Por otro lado, el encargo de la instalación de la feria de arte contemporáneo ARCO-07 supuso una auténtica prueba de laboratorio de tantas ideas sobre el urbanismo informal y la desjerarquización del espacio, al tiempo que su carácter efímero permitió ciertos experimentos sobre la riqueza de los materiales pobres o desechables.

Luego vendrían los concursos que completan esta publicación, abordados con ambición y sin otra intención que probar y ejercitar una nueva maquinaria para pensar y producir una arquitectura, que quiere ser ante todo un antídoto contra cualquier prejuicio o indiferencia, pues ambos nos impiden pensar con libertad. Gracias a ellos, hemos podido explorar una antigua intuición sobre el carácter infraestructural de la arquitectura ejemplificado por el eslogan «Arquitectura = Geografía Infraestructural» y la convicción aprendida de mis encuentros con Cedric Price de que las nuevas materias primas con las que hay que aprender a trabajar son el Cambio, la Energía y la Información. Quizá por ello, la agenda de trabajo implícita en estos proyectos se sustenta sobre tres propuestas bien visibles: la simplicidad como conquista, el proyecto como investigación y la lucha contra la indiferencia a través de la arquitectura.



La simplicidad como conquista. Absurdamente, cuanto más pequeñas, simples, concisas y ligeras son las cosas, cuanto más interés muestran el mercado y los consumidores por eliminar todo dramatismo asociado al uso de los objetos que nos rodean, más sofisticada, complicada e inútil es la arquitectura coetánea. La renuncia a lo superfluo constituye un programa, tan arquitectónico como intelectual, de primera magnitud. Quizá la dificultad está hoy en identificar qué es lo superfluo cuando hemos superado el trauma contra la decoración o entendemos el poder de la forma y la imagen sin los prejuicios de los modernos ni la militancia por el significado de los posmodernos. La simplicidad a la que nos referimos no renuncia a una complejidad interesante pero asocia la intensidad —el más contemporáneo de los esfuerzos y su mejor conquista— al establecimiento de sistemas con los que obtenerla a través de operaciones tan elementales como sea posible.

El proyecto como investigación. No podemos seguir llamando investigación al parasitismo depredador sobre léxicos y sistemas de representación ajenos sin devolver a las disciplinas invadidas nada que desde la arquitectura les pueda servir para avanzar. La incongruencia pensar digital-construir mecánico otorga a los recursos gráficos un protagonismo que está desviando la pregunta sobre ¿qué investigan o deben investigar realmente los arquitectos? y ¿cómo puede hablarse de investigación desde el proyecto? En este sentido, nos atrevemos a enunciar que el establecimiento de los protocolos de trabajo es el programa de investigación implícito al proyecto y que es específico para cada caso. De esta manera, el proyecto se nutre de ingredientes transferidos y reinterpretados de experiencias anteriores y de otros campos y, lo más importante, produce un conocimiento útil para los demás, y por ello podemos calificarlo de «científico», cerrando el ciclo de la investigación del que se nutre una comunidad científica formada por arquitectos que no sólo aprecian los resultados sino que también se interesan por la lectura de las condiciones iniciales, la elección de los parámetros, el establecimiento del programa de trabajo, la invención de sistemas coherentes, etc. Hoy no tiene sentido proyectar desde aquella actitud heroica que pretendía inventarlo todo cada vez desde cero. Proyectar hoy es, fundamentalmente, tomar decisiones y realizar con ellas un trabajo de síntesis sobre un material existente a partir del cual producir una dosis de novedad, por pequeña que sea.



La arquitectura como compromiso contra la indiferencia. La técnica es aún hoy un patrimonio desigualmente repartido y si la arquitectura tiene mucho de servicio, nuestro empeño en la simplificación o el establecimiento de sistemas coherentes tiene por objeto asumir una postura responsable para evitar la imposición del más fuerte a cualquier escala (pueden poner ustedes aquí los binomios global-local, pero también grande-pequeño... ingredientes de lo que llamamos «realidad ignorable») y fomentar el diálogo, el descubrimiento del otro y la conversación igualitaria y democrática con los mismos recursos y posibilidades para todos los habitantes del planeta. Pero esto no es sólo una postura ideológica, tiene que ver también con una sensibilidad nueva aún en formación, otra emoción que no es la del asombro o el espectáculo, sino la que cree que construir un mundo nuevo es hoy algo posible y que no se hace a base de repetir «mejor» lo que ya sabemos, hacerlo más ecológico, abundar en un modelo de confort y eficacia obsoleto, insistir en la nostalgia por la arcadia perdida, sino a través de un replanteamiento radical de las ecuaciones, de una redescritión crítica de lo que queremos y necesitamos, de lo que nos ayuda a vivir mejor, de lo que vamos a considerar lujo o riqueza en todos los sentidos, de lo que estimula nuestra emoción y nos produce placer.

Es el momento para plantear una suerte de utopía (del griego: lugar que no existe) y trabajar en su construcción. Esta conclusión en forma de tarea global —diseñar un mundo nuevo— debe renunciar a toda carga heroica para dar cabida a cuantos agentes sea posible y hacer útil y necesaria su participación, y desborden así la esfera local para inscribirse en un proyecto —cultural, técnico, económico, estético...— de escala mayor y desde allí contribuir a la construcción de un futuro deseable, donde se resuelva la verdadera aportación de la arquitectura a la vida de las personas y se demuestre una utilidad de nuestra disciplina.

Juan Herreros
Julio de 2008

JuanHerrerosArquitectos está formado por Verónica Meléndez, Jens Richter, Ángela Ruiz, Daniel Marín, Paola Simone, Paula Vega y Carmen Muñoz.

Juan Herreros Arquitectos
C/ Princesa 25, 5º 7
28008 Madrid

